

FREUD, MAESTRO Y AMIGO, de HANS SACHS

por Liliana Goya

Siempre es bienvenida una nueva biografía de Freud, si pertenece a alguien que se puede considerar de cierta seriedad. Esta fue escrita en 1944, cuando los miembros de ese “selecto círculo” allegado al maestro se había ya desintegrado y sólo quedaban dos vivos. El relato reconstruido de esos tiempos, como corresponde a cada sujeto, es particular, lleva sus marcas, y así como decía Germán García siguiendo a Freud, “no hay recuerdos de la infancia, sino *referidos* a ella”, aquí también tenemos el testimonio de quien hace un relato en primera persona de lo que significó en su vida Sigmund Freud: “una parte de mi vida, ciertamente la más importante”. Así, para Hans Sachs encontrarse con *La interpretación de los sueños* fue “como conocer a una *femme fatale*”. Este encuentro se decodificará varios años más tarde como “lo único por lo que podría vivir”. “Haber conocido a Freud fue el gran acontecimiento y la mayor aventura de mi vida” afirma. Que en este caso se trate de alguien que aún perteneciendo a los pocos privilegiados que eran invitados con frecuencia a la casa de Freud y por tanto se consideró su amigo; no era de los “elegidos” por ciertas cualidades que el maestro consideraba dignas de ser tenidas en cuenta, hace a esta biografía más interesante. La posición de quien se reconoce en este lugar es apreciable no sólo por la humildad que implica.

“Es una obviedad que la personalidad de Freud, tanto su manera de pensar como de vivir, representa lo diametralmente opuesto a lo típico de Viena. En lugar de la falta de sinceridad, la amabilidad superficial y el deseo de pasar por alto hechos desagradables, él insistió en la inclemencia de la verdad, las severidades de la investigación implacable y el valor para “perturbar el sueño del mundo”. Es el ímpetu por la verdad lo que dirigió la búsqueda freudiana: así lo definen todos quienes se han fundado en su investigación, desde Hans Sachs, pasando por William Bullit (con quien Freud escribió el conocido estudio sobre el presidente T. W. Wilson), hasta Jacques Lacan. “Algunas personas, -continúa el autor, se sintieron decepcionados cuando entraron en contacto personal con Freud. El hombre cuya obra habían encontrado excitante y conmovedora llevaba una vida tan tranquila que les pareció monótona y aburrida. Nada le atraía menos a Freud que la ostentación. No había nada vistoso: ni incidentes apasionados ni excentricidades. En lugar de adaptarse al modo vienés de dramatización, se retiró cada vez más hasta volverse prácticamente invisible.” Sachs describe el ambiente vienés de la época y ciertos hombres brillantes que circulaban por allí, cual “constelaciones luminosas”, como Brücke, Meynert, Breuer, Koller, Chrobak, Adler (Víctor), Popper-Linkeus. Todos los cuales, excepto el último (sobre quien escribió un artículo relativo al sueño), conoció Freud personalmente y cuyas obras le aportaron puntos claves de reflexión.

Hans Sachs intentó huir de la primera conferencia de Freud a la que concurrió, cuando lo vio llegar. “El caballero de mediana edad [Freud tenía a la sazón alrededor de 40 años] llevaba una corta barba color marrón oscuro, era delgado y de tamaño mediano. Tenía ojos profundos y penetrantes, su frente estaba finamente conformada, notablemente alta en las sienas. Señalando una fila de ocho o diez sillas que se encontraban en semicírculo, dijo de la manera más educada: “Caballero, ¿no quiere acercarse y tomar asiento?”” Es usual y en algún punto quizás hasta un poco necesario que el lector se identifique al autor, pero en casos donde la figura no es parangonable, resulta imposible. Sin embargo, en estas pampas [y afortunadamente no sólo en éstas, ya que su impronta ha dejado marcas indelebles en más de un continente] esa figura fue Germán García, y mi encuentro personal con él tuvo bastante similitud con la situación descrita por el autor. Si bien mi intención no fue huir, sino todo lo contrario, la manera en que se acercó y saludó fue inolvidable, precisamente por lo que inauguró: indudablemente hay encuentros que cambian la vida. De eso trata este libro.

La descripción de lo inconsciente de Sachs es simple pero por eso mismo digna de ser mencionada: “Aprendimos algo acerca de la naturaleza de la transferencia y comenzamos a

entender lo inconsciente como la presencia de un destino íntimo que decreta que el mismo patrón debe ser revivido, ya que la rueda de la vida gira en torno a un centro fijo y las vivencias más antiguas se repiten una y otra vez bajo diversos disfraces (compulsión a la repetición). (...) El tono prevalente era el de una simple conversación, con frecuencia intercalado con comentarios irónicos e ingeniosos; su convicción sobre las consecuencias de largo alcance de la nueva verdad era demasiado profunda como para permanecer en la necesidad de aseverarlo enfáticamente. (...) Me preguntaba cómo se las arreglaba para producir algo estupendo e inesperado, ya que desarrollaba su discurso en términos simples y prescindía de los destellos de una profundidad desconcertante o de relucientes paradojas. Descubrí que hacía uso de la fórmula del buen estilo acuñada por Schopenhauer: “Di cosas extraordinarias sirviéndote de palabras sencillas.”

Formada la Sociedad Psicoanalítica Internacional, la revista que crearon para publicar las producciones de sus miembros se concretó en 1913. Un año antes Sachs creó junto a Otto Rank, a quien conoce por Freud y con quien el lazo de amistad duró más de 20 años, la revista *Imago*, destinada a las aplicaciones del psicoanálisis con las llamadas “ciencias del espíritu”. Así lo cuenta: “El título de nuestra nueva publicación nos significó algunos dolores de cabeza. Freud solía decir que un título no debería ser un condensado resumen de los contenidos, sino una designación que facilitara la orientación en la asociación de ideas. [Creo que Germán tenía la misma visión para sus publicaciones.] Tampoco estaba de acuerdo con rimbombantes nombres pseudopoéticos. Finalmente prevaleció mi idea y fue nombrada *Imago*, como la novela de Carl Spitteler, en la que las máscaras y los trucos del inconsciente, con sus intromisiones en la conciencia y su estimulación de la producción creativa, son presentados con una maestría consumada.” [La novela fue publicada en 1909 y en 1919 su autor recibe el Premio Nobel].

Imago anticipa la idea freudiana de la escisión psíquica: allí el protagonista se ve atormentado por el amor hacia una mujer que no puede ser correspondido. Tres modalidades fantaseadas de esa mujer toman forma en la soledad de la habitación, cual personaje dostoiévskiano en *Crimen y castigo* [dicho sea de paso, Sachs adoraba al autor ruso]. En esas tres formas podemos distinguir la que como voz castiga, la que endulza e invita a amar y la que debe mediar. “¡Fuera de aquí, fantasma vano!”-gritó golpeando al fantasma. (...) En lugar de un fantasma, ahora tenía tres. (...) “¿Cuál es la marca de la locura? Que se toma a los fantasmas por seres reales, sin echar de ver que son productos de la fantasía. ¿Te ocurre a ti eso? Me parece que no; yo sé muy bien que tengo ante mí un espectro fantástico solamente, aunque no puedo apartar el duende con la voluntad, porque yo también adolezco de una muy poderosa fantasía. (...) Le sucedió como con el dolor de muelas: cuanto más se piensa en él, más agudo es; y si se intenta no pensar en ello, el dolor nos fuerza a pensar en el dolor. (...) El recuerdo llegó casi a rozar con el arrepentimiento, pero no pensó ni por un momento en arrepentirse de lo hecho. Fue un bien para él, pues con ello no se hubiera librado de caer en la desesperación. (...) Había en su dolor algo gozoso, como la gloria de los mártires cuya boca no deja ciertamente de lamentarse durante el tormento, cuyos miembros no dejan de resistirse al verdugo, pero que no cesan de alabar a Dios con santa alegría. Por esto su sentir se convirtió en pasión; su alma calzó los coturnos, su espíritu fluctuaba rítmicamente; la mirada de sus ojos, a los que el trágico dolor negaban las lágrimas, parecía estar en éxtasis, en tal magnitud, que un día le detuvo en plena calle un oculista, para poderse convencer de aquella asombrosa singularidad. (...) Ya no le preocupaba saber si ella le amaba o no; sí, ya no le interesaba, pues precozmente había vivido desde tiempo inmemorial con el convencimiento de que la ventura o desventura de un hombre no viene de fuera, sino de dentro, y que la apariencia hace el mismo oficio que la verdad y aun mejor.” Como podemos apreciar en estas pocas líneas, Freud tenía razones para afirmar que el arte anticipa y aventaja al psicoanálisis.

“La vida de la familia [de Freud] giraba alrededor del padre -cuenta Sachs, así como la de él giraba en torno a su trabajo. Estas cosas nunca se hablaron, no eran necesarias: los hechos se daban por sentado.”

La ironía era una característica del maestro, resaltada en anécdotas varias: “En una ocasión, por ejemplo, había recibido la visita de un viejo amigo que antiguamente había sido una poderosa figura política: “Ahora es un león envejecido, camino a convertirse en un cubrecama””.

En cierto momento, como todos alguna vez o varias lo hemos hecho, Sachs se interroga: “¿Y cómo trabaja el pensamiento creativo? ¿Cómo se conciben ideas nuevas y originales? ¿Cómo finalmente, una vez que han crecido y madurado, salen a la luz?” (...) Cuando un hombre como Freud construye su modo de vida de manera cuidadosa y planificada, con el único propósito de dar libre alcance a su trabajo de investigación, algo puede aprenderse acerca de la higiene psíquica que él encontró provechosa. Disponemos al menos de la chance de conocer la cera sobre la que estampó el sello de su deseo. (...) Presentado mediante el recurso a la asociación libre, destrozado por tempestades afectivas e incidentes imprevistos, el material que Freud obtenía se parecía más al caldero de una bruja que a un pulcro tubo de ensayo. (...) Como quería extraer cada gota de conocimiento de sus experiencias e impresiones, no podía permitirse retirar su atención de ellas cuando terminaban sus horas de trabajo analítico. (...) La gran paciencia que Freud mostraba al escuchar argumentos y cuestionarlos, incluso aquéllos un tanto obsoletos, estaba reservada exclusivamente para los honestos oponentes que sostenían su discusión sobre la base de una objetiva búsqueda de la verdad. Para aquéllos que en lugar de argumentos utilizaban declamaciones y palabras altisonantes no mostraba ninguna indulgencia.”

“*Daimón kai tyché*(la disposición y el azar), el poder demoníaco de lo inconciente y la fuerza de las circunstancias externas, la infancia y la actualidad, el destino y la fantasía aparecieron como partes de un complicado diseño en el que todos los hilos estaban inextricablemente entrelazados. “*Es ist allemall’s verborgen und verholen*” (“En cada cosa están todas las demás encubiertas y ocultas”) como dijo Angelus Silesius, el poeta místico del siglo XVII.”

Sachs se detiene en la descripción de las luchas, las rivalidades, la complejidad en definitiva, de las transferencias de los discípulos con el maestro. Y afirma que “era más fácil ignorar el numeroso grupo de fieles y distinguidos discípulos que a los más interesantes “hijos rebeldes”. Durante un tiempo, la opinión general que circulaba sobre Freud lo caracterizaba como un individuo amargo y severo, un maestro tiránico que fruncía el ceño a todo aquél que mostrara el menor signo de desobediencia. Uno de los propósitos de este libro es destruir esa leyenda, la cual de hecho no tiene ningún fundamento.”

Respecto de la bondad de Freud para con sus íntimos, que también es muy acentuada en dicha biografía, refiere la intimidad del hogar otra biografía, poco conocida: la que hizo su hijo mayor, Martin, quien cuenta que su nombre fue elegido por su padre como un homenaje a su maestro Charcot.

De su entrañable relato sólo extraeré un breve párrafo: “Mi teoría es que cuando mi padre se comunicaba hablando con otro ser humano, la conversación debía ser muy personal. Lo miraba a uno a los ojos y podía leer sus pensamientos. Entonces era absolutamente imposible intentar decir lo que no fuese la verdad y no es que yo alguna vez tuviese la oportunidad de decirle más que la verdad. Consciente de de este poder cuando miraba a una persona, sentía que lo perdía cuando enfrentaba la boquilla de un teléfono inerte.” La princesa Marie Bonaparte escribe el prólogo de esta biografía, cuyo título original es *Gloria reflejada*, al abrigo de la cual afirma sentirse muy a gusto. Creo que coincide con la posición de Sachs que mencioné al inicio.

Noviembre de 2021.-